

Reina de las Fiestas y Corte de Honor que representáis la hermosura y elegancia de las niñas y mujeres de vuestro pueblo,

Vecinos y vecinas de Buenache,

Hijos del pueblo que un día tuvisteis que hacer las maletas en busca de una vida mejor por tierras de Valencia, Barcelona o Madrid –aunque dejarais aquí vuestro corazón-

Ilustres visitantes,

Amigas y amigos todos:

A instancias de mi amigo Vicente y por orden del Señor alcalde, el ciudadano Bruno, tengo el honor de recoger simbólicamente la bocina que hicieron sonar con maestría. Primo o Nicolás y pregonar ante todos ustedes el inicio de las fiestas en honor de la Patrona de Buenache, la Santísima Virgen del Rosario, advocación mariana muy arraigada en toda nuestra Serranía, pero que tiene su día verdadero de celebración allá por el día 7 del mes de octubre, y que conviene que no olviden los más jóvenes para no perder las tradiciones.

Porque acaso no sepan estos jóvenes que las fiestas de antaño eran incompatibles con el duro trabajo del campo o, mejor, el trabajo permitía pocas fiestas y por tanto se situaban en unas fechas en las que ya habían acabado las faenas de la siega y de la trilla, los resineros habían acabado de remasar, los pastores preparaban su marcha hacia el Reino o hacia Andalucía, los hacheros esperaban la nueva campaña, todavía no se habían preparado las pegueras ni los hornillos y aún era pronto para montar las carboneras con las que se obtenía el carbón vegetal y el cisco para los braseros.

Los mozos y los pastores ya se habían ajustado para un nuevo año en San Miguel y las fiestas del Rosario les permitirían un respiro para estrenar pantalón de pana, algún vestido para las mozas, alguna alpargata de lona y poder gastar a gusto, pero sin despilfarro, los cuatro duros ganados con la siega del espliego o algún jornal esporádico, de donde obtenían el único dinero circulante que hacía posible estos excesos, pues los hongos aún no habrían salido y no podrían venderlos.

Bien es verdad que algunos privilegiados ya habían tenido ratos de asueto, justo en la víspera de San Mateo, que aprovechaban para trasladar desde aquí las vacas que habrían de correr por las calles de Cuenca y que eran las mismas que se utilizaban para labrar, aunque cuentan las crónicas que daban muy buen juego, especialmente una que tenía por nombrede esto hace ya muchos años, aunque no tantos.

Pero, como diría el clásico:

“Los usos cambian los hombres y las costumbres los tiempos”.

Y así, aquellas fiestas de octubre que llegaron a languidecer por culpa de la emigración, retomaron nuevo impulso de manos precisamente de los emigrados, los veraneantes, y pasaron a estas fechas en las que se pueden juntar todos y compartir la ociosidad con un programa de actos digno de las mejores ciudades, según el programa elaborado por la Corporación Municipal y la Comisión de Festejos.

Unos y otros, los hijos de la diáspora y aquellos que abren sus casas incluso cuando el hielo y la nieve hacen intransitables estas calles, tienen ocasión ahora de estrechar sus lazos

fraternales o de amistad y disfrutar de este magnífico programa de actos preparados para la ocasión.

Acaso el baile nocturno y algún beso robado en un rincón escondido permita que algunos jóvenes emprendan el camino inverso al que tuvieron que hacer sus padres y en unos años podamos volver a ver la escuela abierta de nuevo. Ocasión tendrán para ello con el relente de las madrugadas y esos lugares tan apropiados que seguro podrán encontrar en el entorno.

Pero es costumbre inveterada de todo pregonero que se precie ensalzar las virtudes de los lugareños y recordar aquellas hazañas que sus gentes han protagonizado a lo largo de la historia. Dice la Retórica que para ganarse con ello la benevolencia del auditorio, como yo pretendo ganármela de ustedes, ofreciéndoles también mi admiración y amistad.

No se extrañarán, por tanto, si les aseguro que las virtudes de bonacheros y bonacheras son muchas y las hazañas de sus antepasados no son pocas.

Entre las primeras, seguro que no es la menor haber sido capaces de sobrevivir en un medio tan hostil, conservar el entorno de manera tan admirable y haber hecho del pueblo punto de acogida para quienes gustamos de la naturaleza. Me atrevería a afirmar que el esfuerzo y la capacidad de trabajo y sacrificio son las señas de identidad más destacadas de los hombres y mujeres de Buenache desde sus primeros pobladores prehistóricos hasta estos que hoy dominan la naturaleza y se sienten perfectamente integrados en ella. A lo largo de los siglos nunca han sucumbido ante la adversidad natural ni han cedido ante las muchas dificultades sociales que han padecido o les han impuesto.

Pero como los hechos valen más que cien palabras, voy a traer a su memoria tres hechos que avalan esta afirmación mía y que dan buena cuenta de su carácter:

El primer documento escrito que les traigo a colación está fechado en 1556, y no es ni más ni menos que una copia de la Real Ejecutoria de la Sentencia que la Cancillería de Granada había fallado en favor del pueblo de Buenache y que culminaba un pleito iniciado por el ayuntamiento de Cuenca porque éste se oponía al Ensanche que su Majestad había concedido al pueblo para atender sus necesidades. Les resumo los hechos:

Hacia 1550, la población de Buenache había crecido tanto que necesitaba ampliar su término y tierras de labor para subsistir. Con tal motivo, el Regidor de aquel momento, Juan de Buenache, y su concejo solicitan a su Majestad permiso para un ensanche, tal y como era habitual en estos casos. El dicho ensanche les fue concedido por un rey que entendía aún que el buen gobierno de sus súbditos sólo era posible si las aldeas y villas podían gozar de los montes del entorno. El rey concedió este ensanche y la población podría quedarse de esta manera en su tierra evitando el éxodo masivo que después se produciría hacia las ciudades.

Pero, la ciudad de Cuenca emprendió pleito contra este privilegio y el largo proceso judicial terminaría con una sentencia de 1554, dando la razón al pueblo de Buenache cuyo alcance histórico solo hechos posteriores han ocultado, pero que pone en evidencia la audacia y tenacidad en defensa de sus derechos de quienes por aquí han andado.

Me voy a permitir leer dicha sentencia.

Fallo que debo declarar e declaro: los vecinos del dicho lugar de Buenache que son e serán de aquí adelante poder gozar en el dicho ensanche del término que de la sierra les fue dado e señalado para aumento e conservación de su población arándolo e sembrándolo y para ello poderlo rozar y cortar y quemar las fustas que en él hay conforme a las licencias de su Majestad que para ello le fue dada, y gozar su pasto y herbaje con sus ganados mayores e menores libremente y sin pena alguna todo el tiempo del año ecepto en el tiempo que se beda la sierra generalmente no puedan meter en él sus ganados menores salbo los que aprovechan para la labor. Y que ansí mesmo que las onze semanas del agostadero no lo puedan zerrar con los vecinos de esta ciudad y su tierra que tienen pasto común en la sierra de dicha ciudad ni en ningún otro tiempo del año. Y mando a los caballeros de sierra que son e fueren que de aquí adelante sean ossados de preñar ni penar ni llevar cosa alguna a los dichos vecinos de Buenache por los dichos aprovechamientos e se los dejen hacer libremente según dicho es y sobre ello no les fatiguen ni molesten ni hagan vexación ninguna so pena de cincuenta mil maravedís para la banca de sus Majestades.

A onze días del mes de enero de mil e quinientos e cincuenta e cuatro años.

Sentencia definitiva que ponía bien a las claras cómo el tesón, el buen hacer y, desde luego, la razón de los vecinos de Buenache y sus gobernantes pudieron con el entonces todopoderoso Ayuntamiento de Cuenca.

Era el tiempo de los comuneros en Castilla y apelo a su espíritu romántico para evocar que aquí también arraigó ese

mismo espíritu de comunidad o, por lo menos, ese espíritu de rebeldía ante el poderoso que llevó al pueblo de Buenache a ganar una primera pero muy importante batalla, aunque el transcurrir del tiempo dejara sin efecto aquella victoria inicial. Los nombres de Juan de Buenache, Álvaro de Alarcón y Alonso Lozano, los Regidores que gestionaron de manera sucesiva el pleito bien se merecen un reconocimiento público como nuestros locales Padilla, Bravo y Maldonado que estuvieron por tierras segovianas, y han pasado a la posteridad todos estos hechos permitirían que en el siglo XIX se llegara a 300 habitantes y que en el término hubiera más de 20 tinadas y una casa colmenar, aunque solo 50 habitantes supieran leer y escribir.

Unos cuantos años después, en 1630, y este es el segundo acontecimiento que traigo a su consideración cuenta la historia, acaso también algo cargada de leyenda, que estaban guardando su ganado dos pastorcillos del pueblo: Bernardo y Gregorio. Una de sus ovejas quería andar por camino prohibido y para evitarlo Bernardo cogió del suelo un canto con ánimo de reconducirla con métodos expeditivos.

Pero, hete aquí que al coger el canto se percató de la belleza extremada del canto y por ello mismo la oveja descarriada se libró de certera pedrada al no querer tirárselo por ser tan hermoso. Eso sí, al instante, los pastorcillos corrieron hacia el pueblo para enseñar objeto tan maravilloso. Inmediatamente algún entendido en piedras de la época, antepasado seguro de la afición por los zoolitos que aquí hay, comprobó inmediatamente que se trataba de un finísimo jaspe, mejor incluso que el de las canteras más afamadas del país.

Es poco probable que esos expertos en piedras fueran César o Fernando los que emitieron el informe, pero seguro que de allí arranca esta litofilia que ha dado como resultado una colección de magníficos zoolitos que son todo un símbolo y seña de identidad para el pueblo de Buenache.

Sucedía también por aquellos años que el Obispo Pimentel estaba construyendo un altar para la Virgen del Sagrario en la Catedral de Cuenca y honrar así a la imagen que había acompañado a Alfonso VIII en la conquista de la Ciudad. Pues bien, dichas obras se habían paralizado porque el presupuesto se había disparado al tener que traer el mármol desde Sevilla o Toledo y no tener fondos suficientes para ello, porque el transporte resultaba carísimo.

El descubrimiento, acaso milagroso, de estas minas de Buenache abarató el coste y posibilitó que las obras continuaran. Así, el día de la Virgen de la O de 1630 se inició la construcción de la que sería una de las Capillas más hermosas de la Catedral de Cuenca, que, en consecuencia, puede considerarse como un monumento más de nuestro pueblo.

Una vez más, Buenache y Cuenca, Cuenca y Buenache en relación de dependencia mutua, pero otra vez más en favor de esta humilde aldea por la inestimable ayuda que le prestaría a la Virgen del Sagrario, la Patrona de Cuenca, esta aldeana mayor que es la Virgen del Rosario, a través de dos humildes pastorcillos.

A propósito, como bien saben ustedes, desde aquel momento el paraje en el que los pastores encontraron el canto pasó a denominarse del Jaspe y todavía es posible encontrar algunos restos de lo que sería una magnífica cantera.

El tercero y último de los episodios con los que les quiero ilustrar el espíritu heroico y de sacrificio de los habitantes de Buenache es mucho más reciente y tiene verdaderos tintes épicos, además de dramáticos.

Para ello, conviene que los más jóvenes y los forasteros que nos acompañan conozcan cómo hasta tiempos bien recientes Buenache ha sido la despensa particular de Cuenca. Y de hecho el barrio del Castillo es realmente una extensión del pueblo de Buenache.

Era diario el trasiego de hombres y mujeres, generalmente mujeres, que, unas veces andando y otras andando también, pero con animales cargados o cargados como animales se acercaban a la ciudad para poner en venta sus productos del corral -huevos, gallinas, conejos, algún gorrino semanero...- o cargas de sabina que muchas veces habían tenido que recoger de matute, en pelea constante con los guardas.

Y cuentan algunos conocedores de esa época que todavía está suspenso hoy sobre el cielo de Cuenca ese olor a sabina tan característico cada vez que se repartía vegetal tanpreciado.

Es seguro que muchos de ustedes han conocido o tal vez sufrido las condiciones de trabajo de estas mujeres, las bonacheras, que son en sí mismas un símbolo de todo el pueblo y del espíritu que a mi modo de ver los define como grupo.

La propaganda oficial ha ensalzado como héroes a los mineros, a los pescadores y a otras profesiones arriesgadas, pero yo creo que la ciudad de Cuenca les debe un monumento a estas mujeres que, junto con las hortelanas de Palomera, han abastecido a Cuenca de los materiales primarios y en condiciones poco menos que de esclavitud.

Puedo asegurarles que este trasiego comercial estaba tan arraigado en la cultura popular que dio origen a algunas letrillas comparables en algún caso a los textos de las mejores zarzuelas. Valga como ejemplo este diálogo que se establece entre una compradora de Cuenca y una vendedora de Buenache.

Dice la compradora:

-Aldeana, cara de olla,

¿A cuánto vendes la polla?

Y le contesta la vendedora:

-Señorita, puta fina

A medio duro

Más no es polla

Que es gallina.

Valga este largo preámbulo para recordar con él un hecho luctuoso que acaeció allá por el año 1925 y del que se hizo eco la prensa nacional a través de la crónica de uno de sus corresponsales en Cuenca, profesor entonces de La Normal, Don Rodolfo Llopis:

Hubo una bonachera –Francisca Rodríguez- que se retrasó. Salió la última de Cuenca. Pero, apenas traspuso El Castillo, sus ojos, acostumbrados a escudriñar tantas veces el horizonte, vieron a través de la cortina de nieve que caía, recortarse en la cresta del cerro de San Cristóbal la silueta de un hombre. Era un vecino de Buenache. Era Ángel Real.

No tardaron mucho tiempo en alcanzarse y caminar juntos.

La nieve lo cubría todo. Seguía nevando con gran intensidad. No se podía ver. Hubo que apearse de las caballerías para que éstas fueran delante, “abriendo brecha”. Se caminaba muy mal. Se formaban fuertes y peligrosos “cervigueros”. La ventisca, de cuando en cuando, azotaba furiosamente, envolviéndolos en un torbellino de nieve. Las piernas se hundían. No había dónde guarecerse. ¡Ni una casa, ni un mal refugio!. No quedaba más remedio que continuar o retroceder.

Las caballerías pudieron más que las personas. Las caballerías, guiadas por su instinto, llegaron al pueblo y fueron a sus establos. Sabas Rodríguez, el marido de Francisca, al ver llegar solas a las caballerías, salió al encuentro de su mujer. Y al cabo de algún tiempo, después de media hora de angustioso caminar, al llegar a Los Vallejuelos, encontró a su mujer, aterida de frío, sin poder hablar casi. Cargó con ella y emprendió la peregrinación. Al peso de su mujer, las piernas se le hundían en la nieve y la marcha se hacía penosa y difícil. A costa de sobrehumanos esfuerzos, viendo que su mujer se moría, caminaba lentamente, acercándose al pueblo. Ya faltaba menos. Ya estaban junto al cementerio, que es la antesala de los pueblos. Pero sus piernas se hundían cada vez más. Ya no pudo continuar. Quiso gritar. La voz se apagaba en su garganta.

Los vecinos de Buenache salieron en su busca. Al llegar junto al cementerio se encontraron con el triste espectáculo que ofrecía este matrimonio. Él, medio muerto, hundido en la nieve, sosteniendo a su mujer, que había muerto en sus propios brazos. Lograron hacerlo reaccionar. ¡Se había salvado de una muerte segura!

Siguieron en busca del otro vecino. Después de muchos trabajos solo se tropezaron con una manta, un cayado, un sombrero. Al día siguiente, la propia nieve descubrió el cadáver de Ángel Real....

En su recuerdo y en honor de todos sus antepasados que tuvieron que pasar estas penurias valga no un minuto de silencio sino este aplauso que les dedicamos como merecido homenaje.

Pero Buenache mira sobre todo al futuro y este tesón y capacidad de sacrificio que han heredado les permitirá nuevos días de gloria, a poco que los gobernantes echen una mano:

- Que mejoren la conexión a Internet
- Que mejoren el acceso por carretera
- Que consideren los trabajos forestales y ganaderos como trabajos de interés estratégico y ecológico....

Y que no se preocupen, que el trabajo, el esfuerzo y la inversión la harán los hombres y mujeres de Buenache que desean quedarse en el pueblo o aquellos otros que quieran incorporarse al grupo.

Mientras tanto, como dice vuestro alcalde:

“Que sean días de fiesta y felicidad. Que reine entre nosotros la armonía, la hermandad y el compañerismo.”

Este es también mi deseo, que paseen unas felices fiestas y griten conmigo: ¡VIVA BUENACHE! ¡VIVA LA VIRGEN DEL ROSARIO!